

Carter & West

Aracne

La muerte viene a cenar



ANA BOLOX

Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Introducción](#)

[1](#)

[2](#)

[Aracne](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[La muerte viene a cenar](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[Despues de la lectura](#)

[Agradecimientos](#)

Carter & West

Aracne
y
La muerte viene a cenar

© Ana BoloX, 2015

Todos los derechos reservados.

Ilustración y diseño de portada: © Alfredo Ugarte Gondra,
2015

Todos los derechos reservados

Fecha de edición: enero de 2015

Versión 1.1

www.anaboloX.com

A mis padres.
A tía Julia.
A mis hermanos.

Introducción

1

No había amanecido y la estación de Paddington dormitaba antes de despertar al barullo matinal, ajena al servicio que estaba prestando como guarida en la más cruel de las cazas: la del hombre.

En los aseos femeninos, uno de los retretes llevaba un par de horas con la puerta cerrada. Una joven había echado el cerrojo por dentro y aguardaba el momento oportuno para salir, aunque no tenía idea de cuál debía ser ese momento.

Con la espalda apoyada en la pared, oyó que la puerta principal se abría y las voces de dos mujeres rompían el silencio. La joven tensó los músculos y abrazó el bolso hasta estrujarlo contra el pecho. De fondo, el sonido que percibió del hall le llegó muy débil, casi inaudible. Era una información valiosa. Supuso que todavía estaría demasiado vacío para arriesgarse y decidió que aún no era el momento. En aquel instante, su mayor preocupación residía en las dos mujeres que conversaban frente al espejo. Janette Frances contuvo la respiración y fijó la mirada en la pared de enfrente. Sintió que el asa del bolso se le clavaba en la carne y que las articulaciones de los dedos se quejaban por el esfuerzo, pero no se relajó. Todo en aquel cuerpo de adolescente sugería la rigidez que sigue a la muerte. El único signo de vida era el brillo que el miedo reflejaba en los ojos. Unos ojos que Janette Frances cerró.

–No me gusta ese color de carmín. Deberías cambiarlo por uno más vivo.

–Ni siquiera ha amanecido, Nelly. Creo que este es mucho más discreto.

–Según para quién, querida.

Las dos mujeres rieron y Nett se llevó la mano a la boca. No quería que la respiración agitada la traicionase.

–Vamos, Abie, date prisa –la voz de Nelly sonó apremiante–. El tren está a punto de salir y aún no hemos sacado los billetes.

–Si no hubieras insistido en tomar este tren, habría tenido tiempo para maquillarme como Dios manda.

–Era el más barato. Nadie viaja a estas horas.

La joven consultó su reloj: las cinco y media.

–Otra buena razón para haber elegido un tren más tardío. Nos aburriremos como ostras.

Los pasos de las mujeres se alejaron hacia la puerta. Nett aún miraba el reloj. *Las cinco y media, pensó, quizá aún no se haya dado la luz de alarma.* Antes de que la puerta principal se cerrase del todo, la joven descorrió el cerrojo y salió tras las mujeres. Se mantuvo a medio paso por detrás de ellas, casi a la par. En las taquillas, aguardó detrás, intentando parecer una integrante del falso trío, y tomó el mismo billete que ellas. Bristol era tan buen destino como cualquier otro.

Nelly y Abie se dirigieron hacia los torniquetes y Nett las siguió de cerca. Si era hábil, el empleado creería que formaba parte del grupo y, cuando fuera interrogado por la policía, no podría afirmar que una joven sola había tomado aquel tren.

–Disculpe –Nett habló en voz baja, cuidando de que el hombre no se percatara del uso de esa expresión que la habría delatado como ajena a la pareja de amigas–, ¿este es el tren de Bristol?

Abie la observó y Nett supo lo que pensaba: demasiado joven para estar sola en una estación a aquellas horas. Le sonrió:

–Oh, sí, querida, no creo que salga otro justo en este momento. Es un castigo trabajar a una hora como esta. –Se acercó a Nett y le susurró–: Supongo que el maquinista y el personal de servicio habrán cometido algún tipo de terrible delito...

–¿Su billete?

La mujer se lo tendió al empleado, sin prestarle atención.

–...y cumplen su sentencia ocupándose de inconscientes, como nosotras, que se aventuran a maltratar su cuerpo sacándolo de la cama tan temprano.

El hombre picó el billete, se lo devolvió a la mujer y tomó el de Nett .

–Yo prefiero la palabra atrevidas. Suena mucho más sugerente –bromeó Nelly desde el otro lado del torniquete.

–En realidad es el monedero el que decide. –Abie dio unos golpecitos al bolso, que llevaba colgado del brazo.

Nett recogió el billete que el empleado le devolvió y las siguió.

En el andén, el aire de la noche era frío y el ambiente, húmedo y brumoso, aunque las primeras luces del amanecer comenzaban a clarear el horizonte. El vapor de la locomotora siseaba y los pocos pasajeros que aguardaban se aprestaban a subir a los vagones. Nett vio a un hombre que llevaba en la mano una cartera, una mujer que transportaba un voluminoso paquete y un par de mozos de carga que fumaban un cigarrillo apoyados en la pared del edificio de oficinas.

–Nuestro vagón es el uno, ¿y el tuyo?

Nett miró su billete:

–El tres.

–Vaya –dijo Nelly–, entonces tenemos que separarnos. Buen viaje.

La joven les sonrió y las vio alejarse hacia la parte delantera del tren. Luego, subió el primer escalón, miró a un lado y al otro y se introdujo en el vagón, tan rápida y sigilosa, que pareció como si se la hubiera tragado.

Creo que no me han seguido, pensó al sentarse en su asiento. El pitido que anunciaba la partida sonó estridente en aquel silencio. Nett miró por la ventana y advirtió que un hombre se acercaba a la carrera. El corazón se le aceleró y Nett sintió que los latidos tropezaban entre sí. Desde su asiento no podía ver la puerta del vagón, pero sí oír cómo el encargado de andén comenzaba a cerrarla. El hombre aumentó la velocidad de la carrera. Iba cubierto con abrigo y sombrero, y en la mano llevaba un periódico. El vagón se estremeció y Nett sintió que las ruedas comenzaban a moverse. Rezó para que aquel condenado operario cerrara la puerta mientras observaba al hombre del periódico que se-

guía aproximándose. Al fin, lo vio pasar bajo su ventana y subir al tren de un salto. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Cerró los ojos. *No lo he conseguido. Viene por mí.*

El hombre entró en el vagón y lo recorrió lentamente con la mirada mientras recuperaba el aliento. El tren había comenzado a moverse y el desconocido, tambaleante, caminó por el pasillo. Había cuatro personas más, pero era obvio que se dirigía hacia ella. Nett se llevó la mano al cuello del abrigo y lo apretó contra sí cuando el hombre llegó junto a ella. Luego lo vio sentarse enfrente y sonreírle.

–Buenos días –el hombre se quitó el sombrero y resopló–. Casi pierdo el tren.

Nett le devolvió la sonrisa pero no contestó. Con todos los músculos el cuerpo agarrotados, apoyó la cabeza sobre el respaldo y entornó los ojos. Se preguntó cuándo la detendría, pero el hombre abrió el periódico y se enfrascó en la lectura.

Quizá me haya equivocado. Tal vez no es más que un pasajero que llegaba tarde. Tranquilízate, se aconsejó. No deberías alterarte por cada persona que se aproxima a ti.

El hombre volvió una página del periódico y entonces Nett lo vio:

Camden Town, Londres, 13 de noviembre de 1937

A pesar de la rápida intervención de la policía, alertada por la cocinera de Tharckon House, residencia de lady Milton, no pudo evitarse su muerte a manos de Maurice Hommond, mayordomo de la casa, que había apuñalado brutalmente a su señora con un abrecartas, a fin de robar sus joyas.

Descubierto in fraganti por la señora Barbara Campbell, la cocinera, intentó acabar también con su vida. La mujer, que había escuchado los ruidos en la habitación de lady Milton, se había armado con una pistola propiedad del difunto lord Milton y disparó sobre el mayordomo, a quien mató en defensa propia.

Mistress Edith Carrington, respetable dama que, dada su edad y a causa de una enfermedad, permanecía desve-

lada hasta a altas horas de la madrugada, haciendo juegos de solitario frente a la ventana de su dormitorio, descubrió que una persona, cuya identidad le ha sido imposible establecer, aunque asegura que se trataba de una mujer, saltaba el seto que separa su domicilio del de lady Milton.

La policía cree que la mujer a la que alude el testimonio de Mistress Carrington es Janette Frances, doncella de lady Milton, de quien se sospecha que participó en el nefando crimen, junto a Hommond. En el dormitorio de la doncella se halló preparado un maletín de viaje que, al parecer, abandonó en su precipitada huida.

La policía agradecerá cualquier información que pueda facilitarse de la mujer, cuya descripción detallamos a continuación: delgada, de estatura considerable, pelirroja y ojos verdes.

Nett dejó de leer y apartó la mirada. Los primeros rayos de sol comenzaban a clarear sobre los campos, blanqueados por la helada. El tren pitó al pasar por un apeadero en el que no se detuvo. Rodaba hacia un destino que Nett desconocía, pero que se había vuelto inexorable desde que, unas horas atrás, una pesadilla había cerrado para ella las puertas de su tranquila existencia.

2

Todo había empezado aquella misma noche, cuando las ramas del magnolio que plantó el abuelo de su señora, hacía más de un siglo, golpearon el cristal de la ventana de su dormitorio, despertándola. Irritada, Nett abrió los ojos. Le molestaba que aquel árbol interrumpiera su sueño cada vez que el viento hacía suyas las calles de Londres.

Echó las mantas a un lado, se levantó y miró por la ventana. Llovía. El viento hacía crujir los canalones del tejado y las luces de las farolas se reflejaban sobre el pavimento húmedo como llamas aplastadas e inmóviles. Nett maldijo las ramas del viejo magnolio y las amenazó con el puño. Se había desvelado por completo. *Ahora quién va a conciliar el sueño por mí, ¿eh?* El magnolio pareció responderle con un nuevo golpe en el cristal. Nett se giró y volvió la espalda al árbol, sin insistir, como si le hubiera retirado la palabra.

La habitación estaba iluminada sólo por la luz que llegaba de las farolas. Echó un vistazo al hervidor eléctrico que cada empleado de Tharckon House tenía en su propia habitación, pero desechó la idea de un té. No le gustaba. Sabía que aquel desapego a una costumbre tan británica resultaba antipático, pero prefería el café, aunque advirtió que, en aquel momento, la desvelaría aún más.

Volvió a la cama y encendió la luz de la mesilla con la intención de leer un rato. Había tomado prestada, de la biblioteca de la señora, una novela policíaca y quería apresurarse a terminarla para devolverla antes de que alguien notara su ausencia. Los momentos de lectura, sobre todo de ese género literario, le resultaban relajantes. Cada crimen era un reto del que su mente, casi siempre, salía victoriosa. Y entonces lo oyó.

En el vestíbulo, una figura oculta por las sombras había descolgado el teléfono de la entrada. El dial carraspea-

ba cada vez que el dedo lo hacía girar y siseaba cuando era liberado.

–Lo he sorprendido. Está a punto de hacerlo –la mujer susurró, tapándose la boca y el micrófono del teléfono con la mano. Permaneció unos segundos con el auricular pegado a la oreja, asintiendo, sin emitir palabra alguna. Luego colgó.

La casa estaba a oscuras y en silencio, pero la mujer parecía conocer cada obstáculo que había entre ella y la biblioteca. Anduvo con el sigilo de un gato, con paso rápido, pero seguro. Entró en la sala de lectura y se dirigió hacia el armario en el que se guardaban las armas de lord Milton. No le llevó mucho tiempo encontrar la que buscaba. Aunque la biblioteca también estaba a oscuras, la cargó con la pericia de quien sabe lo que hace. Luego, volvió sobre sus pasos y comenzó a subir las escaleras con la misma cautela felina.

El sonido había sido casi imperceptible, pero no había escapado a la agudeza del oído de Nett, que volvió a levantarse y anduvo de puntillas sobre la moqueta de su dormitorio. Pegó la oreja a la puerta y lo percibió de nuevo, ahora bronco y ahogado por la madera. Giró el pomo, como si en lugar de asir el tirador de su dormitorio estuviera forzando la cerradura de la casa, y abrió la puerta unas pulgadas. Dos voces llegaron hasta ella: una fuerte, pero apagada; otra, sometida y débil.

Nett se escurrió fuera del cuarto y caminó por el pasillo de puntillas. La madera del suelo crujía de vez en cuando bajo sus pies, y la joven se detenía, atenta a cualquier señal que indicara que había sido descubierta. Luego, proseguía.

No bajó por la escalera de servicio, sino que se deslizó por corredores olvidados que ya nadie pisaba en Tharckon House, y alcanzó la escalera principal desde el piso superior. Descendió los peldaños con lentitud, con pasos silenciosos, cargando el peso de su cuerpo sobre la baranda, para evitar que, ahora que se acercaba a la fuente de los ruidos, un crujido de la madera la delatara.

En la planta principal, la puerta del dormitorio de lady Milton estaba entreabierta y la luz que emanaba del interior iluminaba una franja de pasillo sobre la que se deslizaba la sombra de quien estaba dentro. Nett se detuvo. Sabía que el perfil de aquella silueta no era el de su señora. Se mordió la yema del pulgar. Permaneció inmóvil. Durante un instante, la razón se hizo oír y Nett dudó. Luego, la naturaleza actuó y la joven echó a andar hacia la luz.

* * *

El tren traqueteó y despabiló a Nett de la introspección en la que se había sumido. Había sido la noche más terrible de su vida y, ahora lo intuía con claridad, la que iba a cambiar el destino de su existencia. Se estremeció al recapacitar sobre ello y se arrebujó en el abrigo. Hacía un frío denso y afilado en aquel vagón de tercera. Seguía lloviendo y el vendaval agitaba las copas de los árboles que se alzaban en la campiña. Observó las gotas de lluvia, que se deslizaban sin rumbo por el cristal, gobernadas por la fuerza del viento. Volvió la cara hacia el hombre sentado frente a ella y se percató de que había pasado de página. Cerró los ojos y frunció el ceño, pero aquel gesto no hacía desaparecer la realidad. Era una fugitiva a la que buscaban por cómplice de asesinato. Apoyó la frente en la ventana y su frescor la calmó. Si tan sólo lo hubiera imaginado..., pensó. Se preguntó qué habría ocurrido si en aquel momento de duda, junto a la escalera principal, en vez de obedecer a su naturaleza impulsiva hubiera vuelto a su dormitorio, pero rechazó dar una respuesta. Los condicionales ya no valían. Había acallado la advertencia de la razón y seguido su innato sentido de la curiosidad y la aventura. La luz del dormitorio de lady Milton la atraía como a una polilla, y Nett se recordó a sí misma adelantando el pie y emergiendo de la oscuridad protectora.

* * *

La mujer seguía subiendo la escalera en absoluto silencio. Apoyaba la punta del pie con cuidado y después tensaba los músculos y se izaba lentamente hasta tenerlo bien asentado sobre el escalón. Así, uno tras otro. La alfombra púrpura de la escalinata principal ahogaba el sonido de su ascensión y la oscuridad del vestíbulo la encubría. Arriba, sólo el filo del haz de luz que se escapaba por la puerta del dormitorio de lady Milton iluminaba el corredor. Con la vista fija en aquella tenue claridad, continuó ascendiendo. La mano izquierda, apoyada en la baranda; en la derecha, la pistola. Se detuvo. Primero escuchó el siseo de un arma blanca que rasgaba el aire; luego, un gemido. Torció el gesto. No le gustaba aquella muerte pero, probablemente, era lo mejor que podría haber ocurrido. Con ella justificaría tanto su presencia allí como el arma de lord Milton que llevaba en la mano. Debía darse prisa. Elevó un pie, lo dirigió hacia el siguiente escalón y entonces la vio pasar.

Nett cruzó ante la mujer sin percatarse de su presencia. También ella había oído cómo el aire se cortaba y un lamento que no llegó a hacerse grito. Intuía lo que estaba ocurriendo, pero no se arredró. Avanzó un paso, luego otro, y otro... hasta que alcanzó la puerta. Estaba entreabierta y lo vio: lady Milton, tendida en el suelo, sangraba por el pecho, donde le habían clavado un abrecartas, y Maurice, el mayordomo, de pie y dándole la espalda, sacaba un grueso fajo de papeles de la caja fuerte.

Ni siquiera entonces descuidó el control racional de sus acciones. Volvió sobre sus pasos, camino de su propio dormitorio, preguntándose qué debía hacer. Pasó ante el cuarto de Lily, la camarera, y se detuvo. Estaba a punto de entrar cuando cambió de idea. La única persona de nervios templados a quien podía acudir era Barbara, la cocinera. Su dormitorio estaba al final del corredor. Anduvo de puntillas, presurosa, pero no llegó hasta él. El sonido de un disparo atravesó la noche desde la planta principal y lastimó los oídos de Nett, que se detuvo de nuevo.

¡Dios Santo!, pensó, ¡un disparo! Corrió hacia la escalera y desanduvo el camino hacia el piso principal. Bajó los

escalones de dos en dos y alcanzó el dormitorio de lady Milton. Junto al cadáver de su señora, se hallaba el de Maurice. Tenía un tiro en el pecho y alrededor de su cuerpo se esparcían, como únicos testigos de aquellas muertes, las joyas de la dama.

Mientras observaba la escena, su cerebro cavilaba acelerado. *¿Quién ha matado a Maurice? ¿Y dónde está?* Nett salió del cuarto y echó un rápido vistazo a ambos lados del pasillo. Estaba vacío y oscuro como una caverna. *He de avisar a la policía.* Corrió hacia la escalinata principal. *El inspector Rush se hará cargo.* Pero se detuvo antes de empezar a bajar. Herbert Rush, inspector del Yard y antiguo compañero de armas del señorito Philip, solía visitar a lady Milton desde la muerte de su hijo en acto de combate. A Nett le resultaba un hombre entrañable. Sin embargo, pensó que acceder a él en aquel momento sería una tarea complicada. Escudriñar un listín telefónico en plena oscuridad cuando un asesino andaba suelto por la casa no le pareció la idea más brillante. *Avisaré a Barbara.* Subió las escaleras y corrió hacia el piso donde dormía el servicio. Al llegar al corredor, frenó su carrera. La figura de una persona se dibujaba, imprecisa, en el claroscuro del pasillo. Nett la vio cerrar la puerta del dormitorio de Lily y luego dirigirse hacia la del suyo. Contuvo el aliento. La silueta entró en la habitación de Nett y salió unos segundos después. Permaneció quieta ante la puerta y Nett supo que su ausencia la había sorprendido. Pegó la espalda a la pared de la escalera y aguardó oculta entre las sombras. Oyó acercarse los pasos del desconocido y luego lo vio pasar ante ella, discreto y silencioso como la noche. Nett levantó las cejas y abrió los ojos, como si quisiera asegurarse de que lo que veía era cierto. *¡Es una mujer!* Nett deseó fundirse con la pared mientras la extraña pasaba ante ella. *¡Dios santo, es Barbara!*

La cocinera desapareció por la escalera mientras Nett la seguía con la mirada, incapaz de comprender qué estaba ocurriendo. Cuando Barbara desapareció entre las sombras